

QUIERO SER LIBRE



Cuando empieza el día nunca sabes cómo va a terminar. perfectamente organizado en un horario, pero puede haber dado varias vueltas para cuando acabe el día. O no: el día puede haber consistido en el plan previamente establecido, todo como siempre, pero resultar completamente distinto. No pensaba que un viernes aparentemente rutinario terminaría con un amago de ataque de ansiedad, lágrimas y a la vez, con una de las conversaciones más sinceras con mi madre.

06:45h.

Suena el despertador. Aún estoy somnolienta. Empieza el día. Tengo que levantarme pronto si quiero llegar a trabajar a buena hora, que luego hay atasco en la carretera. Preferiría dormir un poco más, pero me tengo que maquillar, que los compañeros no perdonan. Ya me han dicho más de una vez que no tenía buena cara y yo, me excusaba diciendo que había dormido poco cuando en realidad había dormido las ocho horas de rigor. Hoy me voy a pintar los labios rojos porque siento que me dan la fuerza extra que necesito. Una vez leí que durante las épocas de crisis aumenta la venta de pintalabios de este color. Al mal tiempo, buena cara, supongo. Salgo por la puerta pisando fuerte con unos tacones imposibles, pero que parece que debo llevar. Saludo al portero y me desea que pase un buen día, “bonita”. Bonita. ¿Este se cree que es mi novio, amigo o familiar para llamarme “bonita” o qué? A mi padre le trata de usted y le llama “Señor”. Vaya paternalismo rancio, pienso. Paso. Voy demasiado justa de tiempo, más me vale correr si quiero llegar a coger el autobús que pasa a y cinco.

08:06h.

Menos mal, he llegado. El autobús va más vacío de lo habitual así que decido sentarme, aunque pronto me doy cuenta de que probablemente iría más cómoda de pie porque el tío que está a mi lado ocupa su asiento y medio del mío. Claro que sí, bien abiertas las piernas. Podría competir perfectamente en elasticidad contra Almudena Cid. Voy mirando por la ventana y veo que no avanzamos porque hay un coche aparcado en doble fila en el carril del autobús. El conductor toca el claxon dos o tres veces. Ya me he despertado oficialmente. De repente, veo que sale del cajero del banco y se acerca a retirar el coche una chica que tendría mi misma edad y me toca soportar escuchar cómo el conductor dice rebufando lo de “mujer tenía que ser”.

9:00h.

Empieza mi jornada laboral. Aunque aún no tengo un salario que me permita vivir independizada, estoy contenta con poder trabajar de lo que he estudiado. Estudié ingeniería química en una clase en la que solo éramos cinco chicas frente a unos cuarenta y cinco chicos. Durante mis años universitarios sentí que tenía que ser mejor que mis compañeros para que algunos imbéciles nos tomasen en serio. Recuerdo en una de mis primeras prácticas de laboratorio en las que teníamos que hacer equipos para trabajar cómo las chicas tuvimos que formar nuestro propio grupo porque los chicos no nos habían tenido en cuenta a la hora de hacerlos. O cómo entre todos ellos se pasaban apuntes de años anteriores y no contaban con nosotras. Me esforcé mucho para que viesen que era capaz de hacerlo y terminé el grado de manera brillante. Hoy en día, siento que ha valido la pena ya que estoy trabajando en una de las filiales de una industria química alemana muy potente.

Lo primero que hacemos cada viernes es una reunión para evaluar los avances que hemos hecho a lo largo de la semana y para establecer unos objetivos de cara a la siguiente. Esta semana nos ha ido muy bien a mi equipo y a mí: soy jefa de la planta de productos naturales de la empresa. Hemos reducido el tiempo estimado para realizar una de las tareas, así que, tras tener que buscarme el turno de palabra casi a codazos, le propongo a mi jefe la reestructuración de un proceso, idea que refuerzo aportando datos objetivos. Parece gustarle mi propuesta así que da el visto bueno y me asigna a un ayudante para aligerarme la carga de trabajo. Estoy feliz por esta muestra de confianza y por sentirme realizada ante el trabajo bien hecho. Como la reestructuración afectaría a otro sector de la empresa, voy en busca del encargado de la misma al que no conozco, acompañada de mi ayudante. Mi sorpresa es cuando compruebo que el encargado, en lugar de dirigirse a mí, lo hace a mi ayudante, los tecnicismos a él, ¡como si yo no pudiese ser ingeniera y jefa! Mi ayudante, él sí, señala al encargado que es tan solo un becario y quien dirige soy yo.

La mañana transcurre marcando las primeras directrices a seguir, pero supongo que debido al estrés de las últimas semanas, noto que se me ha adelantado la regla. Joder. Voy en busca de alguna compañera y le pido un tampón que me pasa como si de droga se tratase, no vaya a ser que alguien vea que soy mujer, en edad fértil y estoy viva así que ¡oh, sorpresa!, tengo la regla.

14:30h

Salgo a comer con algunos compañeros en el poco tiempo que tenemos libre antes de volver a incorporarnos a nuestro puesto. Entramos en un bar y veo que a todas las conversaciones se une la voz de los periodistas en el telediario. Empiezan los deportes. Pedimos mesa y al llegar a ella un compañero me propone cambiarme el sitio

para que él no esté de espaldas a la televisión, que total a mí el fútbol no me gusta. Trago saliva. Tras comer manteniendo una conversación meramente cordial, llega el camarero y pido tarta de queso de postre. El mismo que me quería haber cambiado el sitio, con su barriga apoyada en la mesa, me dice que si como dulce, voy a engordar. Decido releer la carta y pedirme un brownie con una bola de helado (que supuse que sería lo más calórico) y comérmelo con placer, saboreando cada bocado delante suyo.

18:00h

Beep beep. Mensaje de mi ahijada. Me cuenta que tiene que hacer una redacción en el instituto para la clase de Filosofía explicando cómo se ve dentro de diez años, es decir, cuando tenga veintisiete años, más o menos mi edad actual, así que me pide si podría decirle cómo me la imagino yo. ¡Vaya temas interesantes a tratar! Ojalá me hubiesen propuesto a mí una redacción que abarcase más que explicar qué había hecho el fin de semana anterior. Esta niña, ahora no tan niña, ¡es tan inteligente! Fue idea de su madre, una de mis mejores amigas de la infancia, que yo fuese su madrina. Es tan maravilloso verle hacerse mayor de tan cerca.

18:30h

Tras una larga e intensa tarde de trabajo, vuelvo a casa, pero decido pasar de camino por el supermercado. Entre otras cosas, me toca pagar esa “tasa rosa” que asumimos las mujeres durante cada mes de la mitad de nuestra vida. Como si no tuviésemos suficiente con los dolores propios... Hasta el mes que viene.

20:30h.

Lo primero que he hecho al entrar en casa ha sido lo que hacemos la mayoría de las mujeres: quitarme los tacones y recogerme el pelo (aunque los anuncios muestren

exactamente lo contrario). Aunque estoy agotada mis amigos me han convencido para salir por la noche para cenar y lo que surja, como nos gusta decir. Hemos quedado en un restaurante lo suficientemente lejos de mi casa como para tener que ir en coche y espero encontrar aparcamiento cerca, porque es un restaurante bastante bueno, pero que no está en una zona demasiado transitada.

Viernes por la noche y en una calle estrecha: imposible aparcar, así que toca alejarme y buscar algún parking. Tras dar tres vueltas por la zona, consigo dejar el coche en zona azul, mando un Whatsapp diciendo que llego en diez minutos. Mientras voy caminando, escucho como un hombre me chista y me grita “guapa” aún a lo lejos, pero que va en mi misma dirección. Me giro y le miro desafiante y le espeto que me deje tranquila, aunque veo como se ríe de manera burlesca. Acelero el paso, él también. Cambio de acera, él también. Cada vez más cerca, cada vez más nerviosa y con más miedo. ¿No puedo ir de noche sola por la calle sin sentir miedo? Saco las llaves del bolso y las entrelazo con mis dedos a la vez que cierro fuerte el puño para tener con qué defenderme. Por si acaso. Por si me ataca. Saco el móvil y finjo una conversación telefónica diciéndole a mi amiga que ya estoy llegando. Tras escucharme decir eso, el hombre, por fin, se marcha y vuelvo a respirar.

23:30h

Durante la cena cuento a mis amigos lo sucedido mientras llegaba al restaurante y mis amigas mujeres han contado experiencias similares que les ha tocado vivir. Todas tenemos alguna.

Para mi grupo de amigos, cuando decimos “cenar y lo que surja”, “lo que surja” siempre suele ser tomar unas copas y terminar en alguna discoteca bailando los temas del momento hasta que el cuerpo aguante lo que la edad nos va dejando. Nos pedimos

unas copas, ginebra-naranja para mí y gin-tonics para mis amigos. Creo que yo aún no estoy lo suficientemente curtida como para tomarme gin-tonics. Un Relaciones Públicas nos da unos descuentos para una discoteca, así que vamos a esa. Aun así, me doy cuenta de que los descuentos realmente son para mis amigos, porque las chicas tenemos entrada gratis. Si no pagas por el producto, el producto eres tú, ¿no? Decido no amargarme demasiado. Buena compañía, buena música y, parece, buen ambiente, así que pinta bien la noche. Nos dejamos llevar, bailamos, brindamos, nos hacemos decenas de fotos... De repente, noto como alguien me toca el culo. Me giro y no puedo saber quién ha sido. Sigo con mis amigos. Un rato después, un chico se acerca a mí. Le miro, no me gusta, empieza a bailar detrás de mí cogiéndome de la cintura. Le quito la mano de mis caderas y le recrimino que qué hacía. Mis amigos y yo bailábamos en la discoteca formando un círculo, así que uno de ellos me cambia el sitio para alejarme de ese tío, pero vuelve. Empieza a hablarme y decirme comentarios obscenos mientras yo, molesta, ni le miro a la cara y muestro total pasividad. Sigue y me harta. Le digo varias veces que me deje tranquila y que no me toque, que no quiero nada con él y no me gusta. Cuando ya parece asimilar, tras varios rechazos expresos, que no quiero nada con él, decide que la forma de mantener intacto su ego de macho dominante es insultarme, así que empiezo a escuchar que me increpa llamándome “puta” y diciéndome que no soy tan guapa, que no me lo crea tanto. Me siento atacada e incómoda. ¿Por qué ese tío se ha sentido con la libertad de tocarme y seguir intentando ligar conmigo cuando le he dicho varias veces que no quería nada? ¿No entiende un “no” por respuesta? No es no y la ausencia de un “sí” claro también es no. Tampoco es tan difícil de entender.

04:00h

Estamos agotados. Todos trabajamos y hemos madrugado demasiado como para estar aún de fiesta. He bebido así que no voy a conducir, ya volveré mañana a por el coche. Salimos a una avenida y cuando vemos un taxi estiramos el brazo para que pare. Comparto viaje con una amiga que vive a un par de manzanas de mi casa. Nos reímos en el taxi recordando las anécdotas de la noche y para cuando nos damos cuenta, ya estamos en su casa. Nos despedimos y ella se baja y, por hacer alguna gracia, le digo que apunte la matrícula del taxi, aunque no venía a cuento. Doy mi dirección al taxista y vamos hacia allí.

Voy mirando el móvil cuando el conductor da un fuerte frenazo. Delante de nuestro coche, ha parado otro de golpe del que se ve cómo una chica abre la puerta para vomitar. El taxista inicia conversación apuntando que hay gente que no sabe beber de manera responsable. Me cuenta que una vez un grupo de chicos intentaron encasquetarle a una de sus amigas que iba demasiado bebida, pero que él no quería porque la chica iba tan pasada que luego él, como hombre, se podía meter en problemas, así que los amigos llamaron a la madre de la chica por teléfono y ésta pidió al taxista que, por favor, la llevase a casa. Así lo hizo, me contaba, pero insistía en que si hubiese pasado algo, él como hombre y la otra chica al estar casi que sin voluntad, se podía meter en problemas.

—Porque si tú quieres echar un polvo, pues me lo dices y vamos ahí detrás y lo hacemos, porque tú quieres y yo también y no pasa nada, pero claro, esa chica...pues no.

Me quedé helada cuando escuché eso. Por las palabras y por la situación: yo sola, de noche, en un espacio reducido, en un coche en movimiento y, dada la situación, sin posibilidad escapatoria. Indefensión absoluta. En ese momento agradecí haber dicho

a mi amiga que apuntase la matrícula del coche, aunque fuese de broma. Estaba paralizada. No le contesté, estábamos cerca de mi casa. Cuando llegamos, le pagué y debía devolverme catorce euros. Me dio un billete de diez y vi cómo buscaba las monedas.

– No sé si voy a tener esas monedas –dijo mientras rebuscaba en sus bolsillos. Si quieres, te lo puedes cobrar en carne –me dijo, girando su cabeza para mirarme a la cara.

Miedo. Bajé del coche, asustada, y una vez fuera le dije que si no tenía el cambio, que adiós. Finalmente, me dio esos asquerosos cuatro euros y, aun en shock, entré en mi portal.

04:23h.

Al entrar en casa, cuando al fin me sentía segura, he roto a llorar desconsoladamente. De miedo y de rabia. Joder, soy inteligente y tenía varias herramientas para tomar acciones contra él: apuntarme la matrícula del coche, sus datos personales escritos en una placa que tenía delante del asiento del copiloto, grabar la conversación con el móvil... Y, sin embargo, he sido incapaz de hacer algo. Paralizada por el miedo. También me doy cuenta de que yo había bebido, pero sabía en todo momento lo que estaba pasando, pero seguro que había intentado lo mismo más veces con otras chicas y alguna vez, quizá, alguna no tuvo las cosas tan claras. Sigo llorando desconsoladamente, casi con un ataque de ansiedad.

–Cariño, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

Veo a mi madre apoyada en el marco de la puerta de mi habitación.

–Siento haberte despertado, mamá –consigo articular entre llantos.

–Tranquila, cariño. Respira. Tranquila. Poco a poco, cuéntame qué ha pasado.

Mi madre me abraza y tranquiliza mientras le cuento el día de hoy. Me escucha y hablamos durante horas y pierdo la noción del tiempo, aunque veo que empieza a amanecer.

-Sí, cariño, desgraciadamente todavía queda mucho por hacer. Es un problema educacional de base y debería ser asunto de Estado. Aunque se toman medidas, no se hace todo lo que se podría. Las mujeres somos el 50% de la población mundial, somos la mitad del mundo, del trabajo, de la imaginación, de la creatividad. Queremos igual trato. Queremos igualdad de oportunidades. Las mujeres y los hombres tenemos que ir de la mano para conseguirlo.

Más tranquila tras tener una de las conversaciones más íntimas y sinceras con mi madre, me meto en la cama e intento dormir, pero los pensamientos no me dejan. Pienso en lo cómplice que ha sido hoy mucha gente de mi entorno, que ha visto una actitud machista y no ha alzado la voz contra ella. Reflexiono sobre si alguna vez he sido yo la cómplice al callar. Quiero no sentir miedo a ir por la calle sola, no quiero ser valiente, quiero sentirme segura. No es normal que se juzgue constantemente mi aspecto físico. No es normal que mi voz sea menos escuchada que la de mis compañeros varones. No es normal que me sienta obligada a trabajar más para demostrar que sé de lo que hablo. No es normal que algunas amigas tengan un salario inferior al de sus compañeros hombres por un mismo trabajo. No es normal que ya casi no nos sorprenda la noticia de otro caso de violencia de género porque lo hemos normalizado. Quiero ser libre.

A pesar de todo, miro a mi alrededor y veo que no todo está perdido, en absoluto. Veo cada día más mujeres y hombres comprometidos con la causa. Veo amigos reprochar comentarios machistas que hace alguno de sus conocidos. Veo hombres involucrados con sus hijos y repartiendo las tareas domésticas. Veo mujeres jefas, aunque siguen siendo una gran minoría, tendiéndonos la mano a las más jóvenes. Y veo que con tantas emociones no voy a poder dormir, así que busco papel y boli y me pongo a escribir e intento transmitir lo poco que sé de la vida, inspirada por mi madre, a una personita con toda la vida por delante.

¿7:10h?

Hola, Helena.

¿Sabes? Hoy no he tenido un buen día, en algún momento te contaré por qué, pero leer tu mensaje esta tarde me ha alegrado. Escribir esto creo que me va a servir también como terapia, así que gracias por acudir a mí.

Dentro de diez años te imagino con las cosas claras aunque a veces sientas que tu vida es un caos. No sé si estarás cerca de casa o en la otra parte del mundo, pero sé que crearás tu propio hogar en cualquier lugar. Sé que seguirás siendo tan noble, sensata y capaz como ahora, pero actuando con la calma que se va ganando con el paso de los años y de las experiencias, una vez dejes atrás estos años de adolescencia salvaje. Seguirás siendo una persona con mucha iniciativa y curiosidad y cada vez serás más selectiva a la hora de elegir de quién rodearte. Lo más probable es que tendrás un humor irónico y sarcástico, además de una forma de ver la vida optimista que te salvará de millones de disgustos.

Espero que la sociedad avance lo suficiente para que no sientas que eres inferior a nadie, porque no lo eres. Sigue diciendo lo que piensas, no te calles nunca, pero escucha a quien te quiere bien, a quien te quiere de manera incondicional por encima de todo. Lee, nútrete de cultura, absorbe todo lo que puedas, te ayudará a llegar todo lo lejos que quieras y a romper barreras si las sigue habiendo. Cuando sientas que el mundo no te trata todo lo bien que merecerías, lee a Benedetti y “no te rindas, por favor no cedas”. Como bien dice: aún hay fuego en tu alma, / aún hay vida en tus sueños, / porque cada día es un comienzo, / porque esta es la hora y el mejor momento, / porque no estás sola, / porque yo te quiero. Esta es la hora, siempre es el mejor momento y nunca estarás sola.

Sé tolerante, ayuda a quien veas que lo necesita. Dentro de diez años espero que seas todo lo que desees ser. Que tengas hijos si quieres o que no los tengas y no debas dar explicaciones a nadie por ello. Deseo que seas valorada en tu trabajo, que alguien se sienta inspirado por tí. Serás una mujer fuerte, inteligente. Deseo que ames a quien quieras. Olvídate de las medias naranjas: tú eres una persona completa, no necesitas a nadie que te complete. Lo bonito es complementarse y aprender el uno del otro. Espero que no tengas que renunciar a nada por ser mujer, que las decisiones que tomes sean propias y no se vean forzadas por presiones externas.

Dentro de diez años te imagino comiéndote la vida y dejando huella en un mundo, espero, donde exista una igualdad de género real y efectiva.

Te quiero.

Siempre,

Tu madrina